

GALATEA DE LAS ESFERAS, DE RUBÉN CASTILLO

PASCUAL GARCÍA
Universidad de Murcia

Enrique Saorín es el conserje de un instituto, que lleva una vida particular, aislado del mundo, atento a sus recuerdos obsesivos y dolorosos, mientras escucha música japonesa, lee la Biblia y comparte su casa con unos cuantos peces de colores. Eso es lo que el lector puede leer entre otras cosas en la contraportada de esta novela, la última novela de Rubén Castillo ¹ y, en mi parecer, su gran obra hasta el momento, su libro más conseguido.

El primer acierto de un relato como éste es mantenernos en vilo desde las primeras palabras, abriendo caminos y direcciones enigmáticas, que a lo largo de la ficción se irán cerrando. Algo en el estilo denso, de una intensidad alucinante, en ese diálogo con el lector que constituye la primera persona narrativa y que supone el más acertado procedimiento para penetrar en el interior del personaje nos obliga a llevar a cabo un viaje inesperado y pleno de sorpresas. Nada mejor que las palabras, que las palabras de cada uno de nosotros, para definirnos del modo más integral. En las palabras de Enrique Saorín hallamos la fotografía desquiciada de un misántropo, de un ser antisocial, que abomina, incluso de su propia familia y que únicamente halla un asidero en ese retrato ideal de “Galatea de las esferas”, el cuadro de Dalí, materializado más tarde en un complicado y sutil proceso de enamoramiento, de la que será su objeto de deseo absoluto, Clara Velasco, compañera universitaria a la que conoce en un azar de las clases de la Facultad junto a otras dos amigas y de cuya imagen ya no podrá separarse nunca.

Convendremos en un principio en que no hay relato sin personaje y sin pasión; el tercer elemento, al que aludía Miguel Delibes en su célebre definición de novela, no es demasiado importante en esta obra, pues el paisaje de “Galatea de las esferas” es de orden interior, abrupto, oscuro, desvariado y nada ameno, por cierto. Todo sucede en la mente de un perturbado, un convaleciente eterno de una herida de infancia, una terrible humillación callejera, a la que el narrador va aludiendo de una forma vaga e inconcreta, del desamor de una madre negligente y de la apatía excesivamente rí-

¹ Rubén Castillo, *Galatea de las esferas*, Caravaca de la Cruz, Gollarín, 2012.

gida de un padre, archivero de profesión, y dedicado a la filatelia como pasatiempo casi febril en el entorno de una casa familiar sumida en los susurros de la madre y del hijo, que deben guardar silencio, mientras el cabeza de familia se da a su tenaz entretenimiento.

Enrique Saorín es, desde luego, un resentido, un fracasado casi patológico, que debe ponerse a trabajar de conserje, a pesar de su condición universitaria, porque lo obliga la muerte del padre y la situación de precariedad en la que queda la familia. Página tras página, Rubén Castillo va formando el carácter y el temperamento de su criatura novelesca, añadiendo nuevos perfiles y nuevas revelaciones, en las que se dan cita la familia, la universidad, las tres amigas, Carmen, Cristina y Clara, el evento luctuoso de la muerte de Cristina, enamorada en secreto de Enrique y la fuga inesperada de Clara (pues se marcha de un modo imprevisible a una universidad de Austria a estudiar el doctorado). Éste será el principio del fin, la causa de todos sus lamentos y delirios, y de un modo paulatino la transformación del sujeto herido en un monstruo, un asesino o un psicópata, que no sólo confunde la realidad y el deseo, sino que sacia su sed de venganza contra todo y contra todos matando a quienes puedan interponerse en su camino. Tal vez la parte más dramática de la novela esté al final, cuando nos enteramos del modo cómo se deshace de su propia madre y de una forma metódica va dando la vuelta a todos los sellos de la colección de su padre y pegándolos de nuevo al revés, como un signo de negación, de rebeldía y de total anulación del padre. Pero permítanme que no lo cuente todo, aunque éste es uno de esos excelentes libros en los que no es preciso llegar a su término para culminar todos sus sentidos.

Enrique Saorín, digámoslo ya, es un universo proteico, complejo, delirante y a la búsqueda imperiosa de una figura femenina que lo proteja de la intemperie y lo cobije contra el exterior, de una mujer ideal, única, casi perfecta que él halla en el cuadro de Dalí del mismo título que esta narración. En su etapa universitaria encontrará a su galatea particular, Clara Velasco, y vivirán por un corto espacio de tiempo una fabulosa historia de amor: “Ella fue la única mujer a la que en mi vida he amado y, por eso mismo, la única mujer a la que perdí. Sólo se pierde en realidad a quien se ama.”

Esta es, en efecto, una novela sobre el amor y la pérdida, sobre el dolor y la locura. Enrique Saorín, al que el lector va conociendo en diversos tiempos y en diferentes espacios, porque la historia va dando saltos de delante hacia atrás y viceversa de un modo tan hábil, que no se pierde nunca el hilo y, a cambio, va encajando las piezas, una a una, de este puzle sentimental del horror, es un individuo al borde de la locura, o mejor, sumido ya en ella, que pretende contarnos, encerrado durante todo un fin de semana en el despacho del director del instituto donde trabaja toda su historia y convertirla en una novela que mandará al Premio Nadal con la seguridad absoluta de

que va a ganarlo, y de que se convertirá en una suerte de mensaje en una botella para la mujer que lo ha sido todo en su vida y que, de un modo misterioso, ha perdido.

Como la mayor parte de los libros de Rubén Castillo, éste también ha sido forjado con el metal de la mejor poesía, pues aunque el novelista nunca publicó un libro de versos, su estilo ha derrochado siempre un caudal de figuras, expresiones imaginativas, ingenio a raudales y un uso portentoso de la palabra escrita, que lo emparenta con escritores de la talla de Umbral, Gómez de la Serna o Miró: “Por su rostro pareció cruzar una mariposa de sombra” escribe en la página 52 para acercarnos la imagen de contrariedad del personaje o: “Los pájaros de su mirada se volvieron negros”, que encontramos en la página 71 y así un rosario de hallazgos expresivos de gran calado literario que, unidos a un fondo de dramatismo, soledad y tristeza, otorgan a estas páginas una densidad literaria casi inédita en estos tiempos de levedad verbal y de frivolidad narrativa.

Enrique Saorín es un personaje de mucho peso, que nos acerca el espíritu trastornado de un hombre en perpetua búsqueda, ganado por la soledad desde la infancia y desprotegido que descubre en Clara Velasco, el amor absoluto, no solo la mujer de su vida, sino la justificación, la recompensa de tanta penuria moral, de tanta escasez emocional y, con esto, motivos más que suficientes para apostar todo a una sola carta, una existencia entera, la lucidez, el futuro, la seguridad y la esperanza: “Necesitaba a una mujer especial, única, imprescindible, que compartiese mi cama y mi corazón, pero que también fuera capaz de provocarme, de darme aliento, ilusiones, vocablos y temas.”

Pero la novela es, además, un juego metaliterario, porque se escribe mientras sucede su propia acción, y todo es parte de esa ficción que habita en la cabeza del conserje y que lo impulsa con fiereza a encerrarse en el despacho de Carlos, su antiguo condiscípulo que ha conseguido llegar a la dirección de un centro de enseñanza secundaria, y con las horas contadas de un fin de semana emprender el gran proyecto de su vida, el de ganar el Premio Nadal de novela, aunque todos sabemos desde las primeras páginas que Enrique Saorín es un fracasado, una ruina humana, un ser marginal y un enfermo y, conforme nos vayamos acercando al término de la novela, conoceremos más claves, que me reservo con el fin de que todos ustedes afronten la lectura de este libro con la pasión y la incertidumbre con que lo hice yo y alcancen la última página en un estado de excitación continua.

Si una buena novela la cifran un personaje turbador, una acción sugerente, una intriga verosímil, pero a la vez emocionante, un estilo rico, barroco a veces, eficaz siempre, poderoso, sin duda, y algo más, ese añadido literario, latente, que nos deja en suspenso y que es el magma humano y verdadero de la fábula, lo que justifica nuestra atención durante más de doscientas páginas de lectura sin descanso, “Galatea

de las esferas” de Rubén Castillo es, ahora que llego al final lo puedo decir libremente, una de las mejores novelas que he leído en los últimos años y, por supuesto, su obra más acabada y perfecta.

A mí sólo me queda darle la enhorabuena con una envidia en absoluto sana, aunque proceda de un amigo, y recomendar vivamente la lectura de este libro a todos ustedes.